



CLÁSICOS **H**ISPÁNICOS

Benito Pérez Galdós

Marianela

Edición de Lourdes Yagüe Olmos

ANAYA

1.ª edición: mayo 2019

© De la introducción, apéndice y notas: Lourdes Yagüe Olmos, 2019

© De las ilustraciones: Óscar T. Pérez, 2019

© De las fotografías: Archivo Anaya (Cosano, P.; García Pelayo, Á.; Martín, J.)

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-4850-0

Depósito legal: M-8442-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CLÁSICOS **H**ISPÁNICOS



Benito Pérez Galdós

Marianela

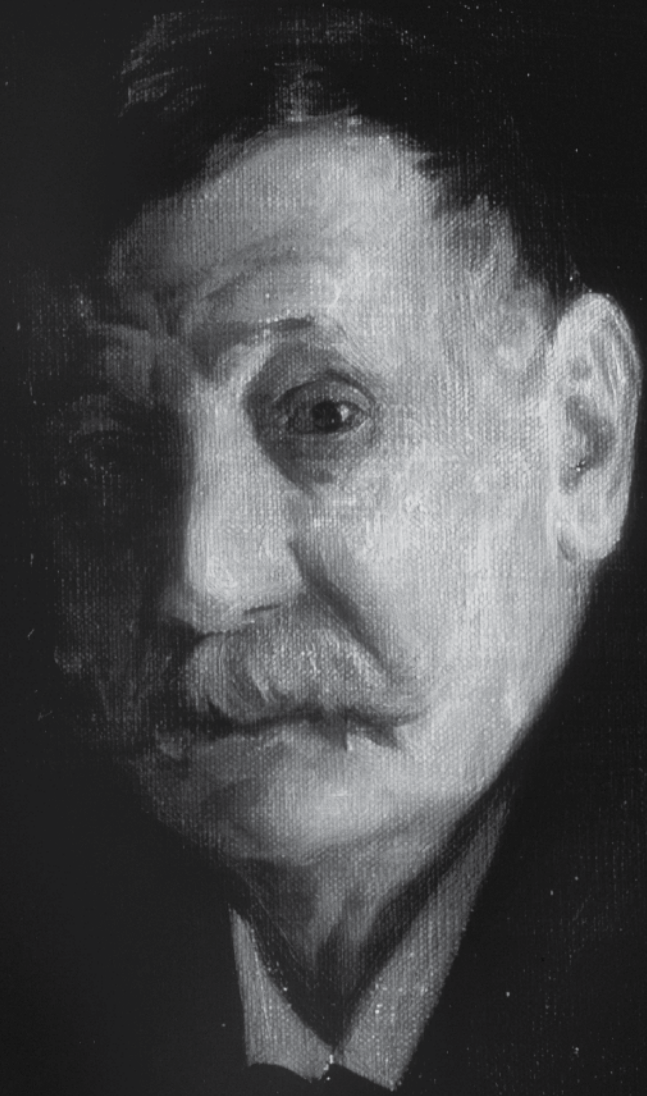
Edición de
Lourdes Yagüe Olmos

Ilustraciones de
Óscar T. Pérez



ANAYA

Benito Pérez Galdós (*retrato de A. De la Fuente*).



Introducción	9
Contexto histórico de <i>Marianela</i>	9
Contexto social de <i>Marianela</i>	21
La novela anterior a <i>Marianela</i>	35
Benito Pérez Galdós.....	40
La obra de Benito Pérez Galdós.....	48
Criterio de esta edición.....	60
Bibliografía.....	61
Marianela	63
1. Perdido.....	65
2. Guiado.....	74
3. Un diálogo que servirá de exposición.....	86
4. La familia de piedra.....	95
5. Trabajo. Paisaje. Figura.....	109
6. Tonterías.....	119
7. Más tonterías.....	128

8. Prosiguen las tonterías	137
9. Los Golfines	149
10. Historia de dos hijos del pueblo	164
11. El patriarca de Aldeacorba	170
12. El doctor Celipín	181
13. Entre dos cestas	188
14. De cómo la Virgen María se apareció a la Nela	194
15. Los tres	205
16. La promesa	212
17. Fugitiva y meditabunda	219
18. La Nela se decide a partir	231
19. Domesticación	239
20. El nuevo mundo	254
21. Los ojos matan	265
22. ¡Adiós!	286
Análisis de la obra	291
Ediciones	291
<i>Marianela</i> frente a las otras novelas de tesis de Pérez Galdós	291
Fuentes	294
Estructura de la obra	295
Temas	301
El narrador de <i>Marianela</i>	322
Los personajes	324
Recursos literarios y estilísticos	333
Actividades	337

Marianela

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda¹, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos², y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guinderos³, hayas y robles. (Ya se ve que estamos en el Norte de España).

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, de buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes⁴, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígase de una vez, aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera⁵ que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores

1 Angosta vereda: senda o camino estrecho formado comúnmente por el tránsito.

2 Brutos: animales cuadrúpedos.

3 Guinderos: quindos.

4 Resuelto de ademanes: diligente o determinado en sus acciones externas o modales, con lo que da a conocer su buena educación.

5 Doquiera: dondequiera.

acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrero que debe a su fealdad el nombre de hongo; gemelos de campo⁶ pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apalearse a las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario, y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

«No puedo equivocarme —murmuró—. Me dijeron que atravesara el río por la pasadera⁷... Así lo hice. Después, que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, detrás de mí queda esa apreciable villa, a quien yo llamaría *Villafangosa* por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siempre adelante... (me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo no le pondría otra divisa⁸) he de llegar a las famosas minas de Socartes».

Después de andar largo trecho, añadió:

«Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu *adelante, siempre adelante*. Estos palurdos⁹ no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti, o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran esta-

6 Gemelos de campo: instrumento óptico para ver objetos lejanos. Prismáticos.

7 Pasadera: cada una de las piedras que se ponen para atravesar el arroyo o río.

8 Divisa: en heráldica, el lema o mote en que se manifiesta por medio de figuras, una sentencia corta o por ambos modos el designio particular que uno tiene.

9 Palurdos: campesinos o aldeanos.

blecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballos, trepidación¹⁰ de máquinas, y yo no veo, ni huelo, ni oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡Qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas... ¡Demonio!, ¿pero no hay gente en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah, bribona, tú tienes la culpa de mi extravío!... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¡Pero qué más da! —al decir esto hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros—. Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acobardarás ahora?... ¡Ah!, los aldeanos tenían razón: adelante, siempre adelante. La ley universal de la locomoción no puede fallar en este momento».

Y puesta denodadamente¹¹ en ejecución aquella osada ley, recorrió un kilómetro, siguiendo a capricho las veredas que le salían al paso y se cruzaban y quebraban en ángulos mil, cual si quisiesen engañarle y confundirle más.

Por grande que fuera su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Las veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose; y al fin bajaron tanto, que nuestro viajero hallose en un talud¹², por el cual solo había podido descender echándose a rodar.

«¡Bonita situación! —exclamó, sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo¹³ a la enojosa contrariedad—. ¿En

10 Trepidación: temblor, estremecimiento, compás.

11 Denodadamente: intrépidamente.

12 Talud: inclinación del terreno.

13 Lenitivo: templado, confortado.

dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo. ¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada...; pero el césped ha desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedruscos y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro... Sin duda estoy en las minas...; pero ni alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre... ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguirela? ¿Desandaré lo andado?... ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las famosas minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante».

Dio un paso, y hundiose en la frágil tierra movediza.

«¿Esas tenemos, señor planeta?... ¿Conque quiere usted tragarme?... Si ese holgazán satélite quisiera alumbrar un poco, ya nos veríamos las caras usted y yo... Y a fe que por aquí abajo no hemos de ir a ningún paraíso. Parece esto el cráter de un volcán apagado... Hay que andar suavemente por tan delicioso precipicio. ¿Qué es esto? ¡Ah!, una piedra; magnífico asiento para echar un cigarro esperando a que salga la luna».

El discreto Golfín se sentó tan tranquilamente, como podría haberlo hecho en el banco de un paseo; y ya se disponía a fumar, cuando sintió una voz... Sí, indudablemente era una voz humana que lejos sonaba, un quejido patético¹⁴, mejor dicho, melancólico canto, formado de una sola frase, cuya última cadencia se prolongaba apianándose¹⁵ en

14 Patético: triste y conmovedor.

15 Apianándose: disminuyéndose sensiblemente la intensidad de la voz.

la forma que los músicos llamaban *morendo*¹⁶, y que se apagaba al fin en el plácido silencio de la noche, sin que el oído pudiera apreciar su vibración postrera.

«Vamos —dijo el viajero, lleno de gozo—, humanidad tenemos. Ese es el canto de una muchacha; sí, es voz de mujer, y voz preciosísima. Me gusta la música popular de este país... Ahora calla... Oigamos, que pronto ha de volver a empezar... Ya, ya suena otra vez. ¡Qué voz tan bella, qué melodía tan conmovedora! Creeríase que sale de las profundidades de la tierra y que el señor de Golfín, el hombre más serio y menos supersticioso del mundo, va a andar en tratos ahora con los silfos¹⁷, ondinas¹⁸, gnomos¹⁹, hadas y toda la chusma²⁰ emparentada con la loca de la casa²¹... Pero si no me engaña el oído, la voz se aleja... La graciosa cantora se va... ¡Eh, muchacha, aguarda, detén el paso!».

La voz que durante breve rato había regalado con encantadora música el oído del hombre extraviado se iba perdiendo en la inmensidad tenebrosa, y a los gritos de Golfín el canto extinguiose por completo. Sin duda la misteriosa entidad gnómica que entretenía su soledad subterránea cantando tristes amores se había asustado de la brusca interrupción del hombre, huyendo a las más hondas entrañas de la tierra, donde moran, avaras de sus propios fulgores, las piedras preciosas.

16 Morendo: voz italiana con la que en el lenguaje musical se indica la disminución paulatina de un sonido, hasta perderse o apagarse totalmente. Recordemos que Pérez Galdós era un gran amante de la música.

17 Silfos: genios que pueblan los aires y se ponen al servicio de los hombres.

18 Ondinas: ninfas de los lagos.

19 Gnomos: genios o seres fantásticos que moran en las entrañas de la tierra.

20 Chusma: muchedumbre de cosas o sujetos no apreciable ni recomendable.

21 La loca de la casa: así llamaba Galdós a la imaginación.

«Esta es una situación divina —murmuró Golfín, considerando que no podía hacer mejor cosa que dar lumbre a su cigarro—. No hay mal que cien años dure. Aguardemos fumando. Me he lucido con querer venir solo y a pie a las minas de Socartes. Mi equipaje habrá llegado primero, lo que prueba de un modo irrefutable las ventajas del *adelante, siempre adelante*».

Moviose entonces ligero vientecillo, y Teodoro creyó sentir pasos lejanos en el fondo de aquel desconocido o supuesto abismo que ante sí tenía. Puso atención, y no tardó en adquirir la certeza de que alguien andaba por allí. Levantándose, gritó:

—Muchacha, hombre, o quienquiera que seas, ¿se puede ir por aquí a las minas de Socartes?

No había concluido, cuando oyose el violento ladrar de un perro, y después una voz de hombre, que dijo:

—¡Choto, Choto, ven aquí!

—¡Eh! —gritó el viajero—. ¡Buen amigo, muchacho de todos los demonios, o lo que quiera que seas, sujeta pronto ese perro, que yo soy hombre de paz!

—¡Choto, Choto!

Golfín vio que se le acercaba un perro negro y grande; mas el animal, después de gruñir junto a él, retrocedió llamado por su amo. En tal punto y momento el viajero pudo distinguir una figura, un hombre que, inmóvil y sin expresión, cual muñeco de piedra, estaba en pie a distancia como de diez varas²² más abajo de él, en una vereda transversal que aparecía irregularmente trazada por todo lo largo del

22 Vara: medida de longitud que equivalía a tres pies o 0,8359 metros, aunque su longitud variaba en las distintas regiones.



talud. Este sendero y la humana figura, detenida en él, llamaron vivamente la atención de Golfín, que, dirigiendo gozosa mirada al cielo, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Al fin salió esa loca. Ya podemos saber dónde estamos. No sospechaba yo que tan cerca de mí existiera esta senda. ¡Pero si es un camino!... ¡Hola, amiguito!, ¿puede usted decirme si estoy en las minas de Socartes?

—Sí, señor: estas son las minas de Socartes, aunque estamos un poco lejos del establecimiento.

La voz que esto decía era juvenil y agradable, y resonaba con las simpáticas inflexiones que indican una disposición a prestar servicios con buena voluntad y cortesía. Mucho gustó al doctor oírla, y más aún observar la dulce claridad que, difundándose por los espacios antes oscuros, hacía revivir cielo y tierra, cual si se los sacara de la nada.

—*Fiat lux*²³ —dijo, descendiendo—. Me parece que acabo de salir del caos primitivo. Ya estamos en la realidad... Bien, amiguito: doy a usted las gracias por las noticias que me ha dado y las que aún ha de darme... Salí de Villamojada al ponerse el sol. Dijéronme que adelante, siempre adelante...

—¿Va usted al establecimiento? —preguntó el misterioso joven, permaneciendo inmóvil y rígido, sin mirar al doctor, que ya estaba cerca.

—Sí, señor; pero sin duda equivoqué el camino.

—Esta no es la entrada de las minas. La entrada es por la pasadera de Rabagones, donde está el camino y el ferrocarril en construcción. Por allá hubiera usted llegado en diez mi-

23 *Fiat lux*: locución latina que aparece en el *Génesis* (1,3) en boca de Dios al crear el mundo; significa «hágase la luz». Es una forma de expresión con la que Teodoro Golfín indica el deseo de salir del caos primitivo a la realidad.

nutos al establecimiento. Por aquí tardaremos más, porque hay bastante distancia y muy mal camino. Estamos en la última zona de explotación, y hemos de atravesar algunas galerías y túneles, bajar escaleras, pasar trincheras, remontar taludes, descender el plano inclinado; en fin, recorrer todas las minas de Socartes desde un extremo, que es este, hasta el otro extremo, donde están los talleres, los hornos, las máquinas, el laboratorio y las oficinas.

—Pues a fe mía que ha sido floja mi equivocación —dijo Golfín, riendo.

—Yo le guiaré a usted con mucho gusto, porque conozco estos sitios perfectamente.

Golfín, hundiendo sus pies en la tierra, resbalando aquí y bailoteando más allá, tocó al fin el benéfico suelo de la vereda, y su primera acción fue examinar al bondadoso joven. Breve rato estuvo el doctor dominado por la sorpresa.

—Usted... —murmuró.

—Soy ciego, sí, señor —añadió el joven—; pero sin vista sé recorrer de un cabo a otro las minas de Socartes. El palo que uso me impide tropezar, y Choto me acompaña, cuando no lo hace la Nela, que es mi lazarillo. Conque sígame usted y déjese llevar.

Otros títulos de la colección:

El conde Lucanor (Selección)

Don Juan Manuel

Lazarillo de Tormes

Anónimo

La Celestina

Fernando de Rojas

Novelas ejemplares (Selección)

Miguel de Cervantes

Fuente Ovejuna

Lope de Vega

La vida es sueño

Pedro Calderón de la Barca

Don Quijote de la Mancha (Selección)

Miguel de Cervantes

Rimas y leyendas

Gustavo Adolfo Bécquer

Antología de relatos fantásticos españoles

Varios autores

La casa de Bernarda Alba
Federico García Lorca

Luces de bohemia
Ramón del Valle-Inclán

Cuentos españoles del siglo XIX
Varios autores

El sí de las niñas
Leandro Fernández de Moratín

Don Juan Tenorio
José Zorrilla

Antología poética
Federico García Lorca



Marianela, una muchacha pobre, desvalida y poco agraciada, se enamora de su joven amo, ciego, atractivo e inteligente, al que sirve de lazarillo. Él piensa que a tanta bondad solo puede corresponderle la más elevada belleza. Pero, gracias a los avances científicos, el joven recuperará la vista. Al hilo de la relación amorosa, Galdós hace una defensa de la educación y denuncia la hipocresía social, la caridad convencional, y las condiciones de trabajo en las minas y en las zonas rurales.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1576515



ISBN 978-84-696-4850-0

9 788469 648500